

¿Comenzó Cristo donde había empezado Adán, esto es, sin pecado? -Sí y no.

LB, abril 2017

Prestando cuidadosa atención a la diferencia entre **naturaleza** (genérico: lo que uno recibe por nacimiento) y **carácter** (individual: lo que uno decide personalmente), se aclaran las incógnitas.

- Cristo comenzó sin pecado, siguió sin pecado y terminó sin pecado **en su carácter**: en lo que decidió, en lo que pensó, dijo e hizo -aquello que implica responsabilidad-. Así comenzó Adán también.
- Cristo, en cuanto a **la naturaleza humana** que recibió en su nacimiento -aquello que no comporta responsabilidad- comenzó donde comenzamos nosotros; no donde comenzó Adán. Se encarnó en una naturaleza “caída”, “pecaminosa”, “idéntica a la nuestra” (3 MS 146).

Eso explica que E. White, en algunos lugares, compare a Cristo (el postrer Adán) con Adán en la inocencia del Edén, y en otros lugares enfatice que Cristo fue tentado en situación infinitamente más desfavorable que Adán (antes de caer en pecado), es decir: que fue tentado en todo como nosotros.

La Biblia es absolutamente consistente con esa comprensión:

Lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo **en semejanza de carne de pecado...** (Rom 8:3)

Es imposible aplicar a la naturaleza edénica de Adán esa expresión.

Por cuanto **los hijos** participaron de carne y sangre, él también participó de **lo mismo** (Heb 2:14)

La expresión “los hijos” excluye a Adán. Se refiere a los que descendemos de Adán, quien no engendró ningún hijo antes de pecar. Ese texto se refiere claramente a la naturaleza.

A la simiente de Abraham tomó (Heb 2:16)

Simiente de Abraham es otra enfatización de lo dicho acerca de los “hijos” que participamos de la misma carne y sangre (naturaleza) que Cristo.

Era imprescindible que Cristo tomara esa naturaleza caída, la nuestra, para poder socorrernos a nosotros (Adán no necesitaba tal socorro antes de la caída):

Por lo cual, debía ser **en todo** semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice... (Heb 2:17)

Tomar nuestra naturaleza caída (tal cual era la naturaleza humana cuando Cristo se encarnó), le permite socorrernos cuando somos tentados:

Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados (Heb 2:18)

La implicación de ese texto es que si creemos que podemos ser tentados de cierta forma en que Cristo no pudo ser tentado, en ese punto no tenemos a NADIE que sea poderoso para socorrernos. Si Cristo hubiera tomado la naturaleza de Adán antes de que este pecara, y por lo tanto hubiera sido tentado sólo tal como lo fue Adán, no nos podría ayudar a nosotros ni a Adán después de su caída.

Heb 4:15 enfatiza eso mismo:

No tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado **en todo** según **nuestra** semejanza, pero sin pecado

Observe una vez más la expresión “en todo” (igual que en Heb 2:17). Su naturaleza, sus tentaciones, son “en todo” como la nuestra / las nuestras. La diferencia entre Cristo y nosotros no está en la naturaleza que tomó al nacer, sino en el carácter, en las decisiones personales: “pero sin pecado”. Idéntico a nosotros en la **naturaleza** que tomó. Distinto a nosotros en lo que **hizo (carácter)**. Idéntico a nosotros en tomar el bagaje deteriorado, la herencia mancillada (que no implica responsabilidad), y diferente, separado de nosotros, en su carácter, en lo que hizo (en lo que implica responsabilidad).

Esa distinción no es una idea humana o una simple ayuda para entender las cosas. Es una realidad clara en la Biblia. El propio Jesús la destacó en términos inconfundibles:

Velad y orad, para que no entréis en tentación: el **espíritu** a la verdad **está presto**, mas la **carne enferma** (Mat 26:41)

Vea también Gál 5:16-17 y siguientes, que es una buena fuente para comprender lo que significa “carne” en la Biblia. Esa batalla, la nuestra, es la que Cristo peleó y ganó.

Pablo introduce así el evangelio en su gran epístola a los Romanos:

El evangelio de Dios... acerca de su Hijo, que fue hecho de la **simiente de David** según la carne (Rom 1:3-4)

Ni los “hijos” ni Abraham ni David recibieron una **naturaleza** como la de Adán cuando fue creado.

Pero, en contraste, refiriéndose al **carácter** de Cristo, en el versículo siguiente (el 4), especifica: “Hijo de Dios con potencia, según el espíritu de santidad”. En el original griego, la comparación (contraste) es aún más clara:

- De la simiente de David *según la carne* (kata sarka): NATURALEZA
- Hijo de Dios *según el espíritu* (kata pneuma) de santidad: CARÁCTER

Observe que la santidad no se refiere a la naturaleza tomada al nacer “según la carne”, sino a su carácter.

El anterior no es un texto aislado. Vea, por ejemplo, Hech 2:30 y 2 Tim 2:8.

Teniendo presente esa distinción vital entre (1) lo recibido al nacer (o al ser creado) - naturaleza-, y (2) las elecciones personales -carácter-, observe esta clarificadora declaración de EGW, en la que se refiere a ambos aspectos:

Revestido del manto de la humanidad, el Hijo de Dios descendió al nivel de los que deseaba salvar. En él no había ni engaño ni pecado; siempre fue puro e incontaminado. Sin embargo, tomó sobre sí nuestra **naturaleza** pecaminosa. Al revestir su divinidad de humanidad, para poder relacionarse con la humanidad caída, trató de recuperar para el hombre lo que Adán había perdido como consecuencia de la desobediencia tanto para sí mismo como para el mundo. En su propio **carácter** exhibió ante el mundo el carácter de Dios; no se satisfizo a sí mismo, sino que fue por ahí haciendo el bien... (*R&H 22 agosto 1907; Desde el corazón, 38*)

Ese carácter perfecto, puro e incontaminado, brilló a través de una naturaleza como la nuestra: de hecho, la nuestra.

Desaparece la contradicción aparente en las declaraciones de E. White al analizar si se está refiriendo a naturaleza o a carácter.

Pero hay que añadir una precaución: si bien es crucial comprender esa distinción entre naturaleza y carácter, en los escritos de E. White no basta con hacer ese análisis simplemente a partir del término “naturaleza” para saber si se está refiriendo a ella. La razón es que en más de una ocasión, E. White se refirió claramente al carácter, a las decisiones, a lo que conlleva responsabilidad moral, empleando la palabra “naturaleza”.

Este es un ejemplo (se refiere al apóstol Juan):

De día en día su corazón era atraído hacia Cristo, hasta que en su amor por su Maestro perdió de vista su propio yo. Su genio rencoroso y ambicioso cedió al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su **carácter**. Tal es el seguro resultado de la unión con Jesús. Cuando Cristo mora en el corazón, la **naturaleza** entera se transforma. El Espíritu de Cristo y su amor enternecen el corazón, subyugan el alma y elevan los pensamientos y deseos a Dios y al cielo (*El camino a Cristo, 73*)

Evidentemente, E. White, al emplear “naturaleza” está refiriéndose ahí a carácter, pues lo contrario sería pretender que la naturaleza se convierte, cosa que sabemos que no sucederá hasta la final trompeta, cuando esto corruptible sea vestido de incorrupción. Ciertamente, E. White no creía en la herejía de la “carne santa”.

Esa circunstancia no debe entenderse como una imperfección en el mensaje profético de E. White, sino como una imperfección del propio lenguaje humano:

Jesús tomó la humanidad a fin de llegar hasta el hombre donde este está. La Biblia debió ser dada en el lenguaje de los hombres. Todo lo que es humano es imperfecto. Diferentes significados se expresan con la misma palabra: no hay una palabra para cada idea distinta. La Biblia fue dada con propósitos prácticos (*1 MS 23*)

Encontramos esa misma imperfección del lenguaje humano en la propia Biblia:

Preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguéis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones (*2 Ped 1:4*)

Es evidente que habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo, somos hechos participantes del **carácter** divino, como aclara la frase que sigue a esa expresión. Es imposible ser hecho participante de la **naturaleza** divina (técnicamente hablando) sin ser Dios, pues divinidad implica eternidad, y ningún ser creado puede ser convertido en eterno ni en Dios. Desde luego, no cabe atribuir deificación, y aún menos panteísmo, al mensaje de Pedro.

Lo mismo que la Biblia, los escritos de E. White fueron dados “con propósitos prácticos”, y así debemos estudiarlos.

Debido a ese empleo ambiguo del término “naturaleza”, tanto en los escritos de E. White como en la propia Biblia, algunos proponen otro tipo de terminología para referirse a los mismos conceptos:

A/ **Naturaleza inferior**: lo que yo he llamado “naturaleza”, tendencias, herencia genética común, “carne”; recibida al nacer, no sujeta a responsabilidad.

B/ **Naturaleza superior**: carácter, decisiones, hábitos, responsabilidad moral.

Según esa terminología, Cristo habría tomado nuestra naturaleza inferior, pero su naturaleza superior jamás habría cedido a satisfacer los deseos de la naturaleza inferior.